

CARLOS SALVADOR EN LA DISTANCIA

Juan Francisco Pérez Correa

Para dejar claro, desde un principio, cual era mi relación con Carlos en la infancia, tengo que decir que su casa era como mi segunda casa, Salvador y Aurora, mis segundos padres y tanto Carlos como Bea casi mis hermanos. Con ellos iba a la playa, a La Guancha y a multitud de sitios. Pasé muchas horas de mi infancia en su casa, así como él en la mía.

Entre diversas anécdotas recuerdo, por ejemplo, aquella vez que llegamos a mi casa y él se tapó los ojos con sus manos al ver que estaba la televisión encendida. Su padre lo había castigado con no ver la tele por algo que ya no recuerdo. Yo intenté convencerle de que ese castigo sólo tenía valor en su casa, que en la mía sí podía verla. No lo conseguí. Este hecho es un reflejo de cual era la relación de Carlos con su padre, algo que siempre he admirado. Había algo por encima de la simple obediencia a un padre. Él no quería fallarle. Existía un importante vínculo afectivo independientemente de la relación padre-hijo, que se fue acrecentando durante toda su vida y que yo no he vuelto a ver en ninguna familia.

Recuerdo las clases de aquel gran maestro, Don Adelmín, junto con otros compañeros como Pedro José, Carmelo, José Andrés, Ramón, etc. Carlos fue la primera persona en saber cual fue la primera chica que me gustó, de hecho creo recordar que nos gustaba a los dos. Ninguno tuvo éxito. Ninguno hizo nada por conseguirlo. Algo que también nos unía en esa época era nuestra timidez.

Nuestra amistad se fue enfriando cuando en sexto curso se fue al colegio Emeterio Gutiérrez Albelo y yo al Baldomero. Luego nos volvimos a encontrar en el Instituto, pero no en la misma clase y fuimos haciendo cada uno su grupo de amigos. Cuando ya estábamos en La Laguna nos vimos alguna que otra vez en mis contadas visitas (la vida de estudiante, aunque no lo parezca ocupa su tiempo) a su casa. Recuerdo que en una de esas ocasiones ayudé a Bea a convencer a Salvador y a Aurora para que estudiara Psicología. Ellos, especialmente su madre, aunque siempre respetaban la opinión de sus hijos, no lo tenían muy claro. Posteriormente ella se encargó de demostrar, tanto durante su carrera como en su trabajo, que seguía el camino correcto.

En Agosto de 1998 yo me encontraba felizmente en el Festival de Música Independiente de Benicassim. Hablando con un recién conocido, también amante de ese tipo de música, Carlos Robles, descubrimos que teníamos un amigo en común. Era Carlos Salvador. Ese fue el punto de inicio de recuperación de la amistad que, con el tiempo, habíamos perdido. Resulta que en Tenerife somos pocos los que escuchamos ese tipo de música, alejada de las listas de éxitos comerciales, y uno de ellos era mi amigo de la infancia.

Comenzamos a vernos con más asiduidad, a intercambiar discos, a salir de copas de vez en cuando; incluso medio en broma medio en serio, teníamos algún proyecto empresarial juntos. La noche del accidente yo le esperaba en casa para ir a La Orotava a la emisora de Carlos Robles y luego salir por el Puerto de la Cruz. Cuando quedas con alguien y no da señales, siempre piensas que le puede haber pasado algo, te puedes llegar a poner muy nervioso, pero al final siempre hay una explicación para el retraso que no implica ninguna gravedad. Esa vez no ocurrió así.

Ahora, desde la distancia, física no emocional, desde aquí, desde Madrid, aplaudo fervientemente la increíble labor realizada por Salvador, Aurora y sus colaboradores, para sacar a la luz todo el material escrito por Carlos. Se lo merece. Era algo que Salvador tenía ya claro que iba a hacer pocos días después de su muerte. Ya pueden descansar tranquilos. Ahora sólo deseo que esta exitosa obra ayude a devolver, en la medida de lo posible, la felicidad a dos personas que han dado tanto durante toda su vida. Sin duda, se lo merecen. Siempre para un amigo de la infancia es un orgullo tener a un amigo escritor. Y Carlos Salvador lo es. Contra todos los vientos y las mareas de la vida aquí está, aquí lo tenemos. ¡Larga vida al escritor!